

A propósito del matrimonio mixto

Samyra Lamarty Ben Messoud

Licenciada en Filología Hispana. Profesora en excedencia.
Miembro de la Asociación de Damas Diplomáticas Árabes

testimonio

Los musulmanes no somos muy afectos a la confesión y más si se trata de temas tan íntimos como la fe, la familia y el matrimonio. Reconozco que me va a suponer un esfuerzo e ignoro lo que va a resultar.

Hace veintiocho años emprendí la aventura de casarme con el hombre que hoy es mi marido y padre de mis tres hijos: de 24, 22 y 21 años. El tiempo anterior a nuestro enlace lo recuerdo como una etapa convulsa y difícil para los dos. Yo tenía veintiún años, me hallaba lejos de mi país y de mi familia y Luis se encontraba a 10.000 kilómetros de distancia por la geodésica, nada menos que en Leyte, una isla al este de Filipinas.

Hasta entonces, yo había sido una chica «árabe normal» que estudiaba dos carreras en la Universidad Complutense y que tenía el firme propósito de doctorarse y volver

a Marruecos. Este era el itinerario previamente trazado para cualquier muchacha de una familia y de un entorno social semejantes al mío a quien se había brindado la posibilidad de proseguir sus estudios en París y en Madrid. En el caso de un chico cabrían más posibilidades en su paso por la universidad, tales como conocer a la que podría ser su novia y futura esposa. Algo inconcebible para nosotras, ¡¡¡qué escándalo!!! Estoy hablando de la década de los ochenta del siglo pasado, que no del siglo XIX... Y es que para la umma (comunidad musulmana) tanto en la rama *sunní* (a la que yo pertenezco y que constituimos el 90% de la totalidad de Islam) como en la rama *chií* sólo existe un matrimonio mixto en sentido unívoco: varón musulmán con mujer judía o cristiana, nunca con una mujer atea o agnóstica. La explicación de este sentido unívoco del matrimo-

nio mixto está en el hecho de que en el Islam es el varón-padre el que transmite la fe y los dos apellidos a los hijos. En el judaísmo, sin embargo, ocurre lo contrario: es la madre la que transmite la fe, aunque no los apellidos.

Esta norma-precepto, que puede chocar en Occidente, la tenía yo absolutamente asimilada y aprehendida y no me creaba problema alguno. Eso sí, me llamaba la atención esta diferenciación respecto al judaísmo habida cuenta que ambas creencias coinciden en casi todas las reglas que refieren a normas sociales de conducta, de vestimenta y de alimentación. Cronológicamente, el Islam es posterior al cristianismo, sin embargo bebe más de las fuentes judías. Se puede ver en el mensaje por excelencia de cada una de las creencias: el del cristianismo es el Amor, el del judaísmo, la Ley y el del Islam, la Justicia.

Retomando mi relato, decía que esa norma no suponía ningún problema para mí hasta el día en que Dios puso en mi camino a Luis. Sentí vértigo al recordar lo que para mí supuso, a la edad de veintiún años, verme en esta tesitura. Poco a poco fueron moviéndose y tambaleándose ante mí todo lo que hasta entonces habían sido firmes y sólidos pilares de mi vida: mi fe, mi familia, mi círculo social, los ulemas del

Islam que conocía..., todos me negaron la palabra y la posibilidad de pedir alguna explicación a su rechazo. Personas a las que yo quería y admiraba por su sabiduría y ecuanimidad se negaron a recibirme: unas por su convencimiento de mi «desvío de la recta vía», otros por solidaridad con la familia. Hubo mucho sufrimiento, incompreensión, falta de diálogo y distanciamiento de gran parte de la familia.

No viene al caso ahondar más en el tema, habida cuenta que han transcurrido ya veintiocho años. Prefiero que se queden ustedes con lo que esto supuso para mi desarrollo personal y para la profundidad de mis creencias. Lo mío fue un viaje humano, una aventura humana, una búsqueda intensa de un Dios que siempre se me manifestó coherente. Fue arduo y solitario el camino, pero hoy puedo decir que salí fortalecida. Hoy intento vivir mi fe como un programa de vida y actúo en consonancia con él.

Mi historia adoleció de diálogo sereno y humilde entre nuestras dos comunidades religiosas, la cristiana y la musulmana. A ambas les faltó la voluntad de buscar valores comunes que nos unieran y nos allanaran el camino. Ambas prefirieron poner el acento en lo que separaba, levantando muros

con cuestiones teológicas de difícil reconciliación. Nadie quiso pensar por un momento que una religión no puede oprimir y que Dios no puede querer esclavos. Nadie quiso pensar que si la palabra de Dios no nos liberaba era porque la entendíamos mal o la interpretábamos de manera incorrecta. Nadie quiso ver que para Dios no existen fronteras, ni razas, ni etnias, ni culturas, sino el Hombre, en singular, libre de todo cuanto le impida ser él mismo.

La experiencia que viví ha hecho de mí una defensora acérrima del diálogo, de cualquier tipo de diálogo, como insoslayable exigencia de los tiempos en que vivimos. Las personas somos seres dialogantes, vivimos en un continuo diálogo interior con nosotros mismos y en un constante intercambio con los demás. Sólo en el diálogo nos abrimos a la totalidad de nuestro ser y nos realizamos como humanos. Qué duda cabe que vivimos unos tiempos de globalización y desaparición de fronteras y esta globalización tendrá un efecto humanizador sólo mediante un diálogo responsable entre todas las religiones, culturas y países.

El matrimonio mixto tiene su fundamento en el diálogo, precisamente en el diálogo interreligioso. Ambos refieren al corazón humano en su nivel más profundo,

ambos requieren el respeto a la idiosincrasia particular de las partes, ambos exigen conocimiento, valoración y respeto del otro.

Matrimonio mixto y diálogo interreligioso obligan a todos a no considerarnos poseedores absolutos de la verdad y a ponernos en el mismo plano de igualdad respecto a la cultura del otro, a su ideología, a su escala de valores.

En todas las parejas es recomendable una cierta semejanza intelectual y social. En el caso de las parejas mixtas esta recomendación se vuelve casi una exigencia pues puede llegar a impedir la comprensión y la convivencia por «hablar distinto idioma», por «referirse a distintas realidades» y «tratarse de distintos discursos».

En mi matrimonio hemos tenido que desechar prejuicios y estereotipos que pesaban sobre cada una de nuestras religiones, de nuestras culturas y de nuestras tradiciones. Todos arrastramos estereotipos en nuestra personalidad religiosa y todos tenemos clichés muy interiorizados sobre el otro. Una vez más hemos tenido que echar mano de mucho cariño, mucha delicadeza y mucha paciencia.

No puedo terminar sin hacer una breve referencia a la fe de los hijos del matrimonio mixto. En mi caso me costó comprobar que los hijos,

cuando son pequeños y formulan preguntas simples, requieren también respuestas simples y claras. Ingenuamente, mi marido y yo creímos al principio, respecto a la fe de nuestros hijos, que lo mejor sería dejarlos crecer y luego que cada cual eligiese de las dos creencias la que más le transmitía. A medida que fueron creciendo nos dimos cuenta que uno no puede elegir si no conoce ni vive ninguna de las opciones. En algún momento llegué a ver a mis hijos como los trapecistas del circo que se tienen que tirar sin una red que los sostenga en caso de caída. «Y se me hizo la luz», puedo decir hoy.

No cabe duda de que en todos nosotros persisten ataduras y una cierta querencia a ver en nuestros hijos el reflejo de lo íntimo nuestro. Confieso que sólo el amor, la generosidad e incluso un planteamiento original y genuino del hecho religioso en sí nos ayudan superar esta situación.

En alguna ocasión se me ha invitado a hablar del matrimonio

mixto a parejas de distinta fe que se disponían a casarse. En mi discurso han visto un escepticismo respecto al tema. Cierto es que nunca he intentado disuadir a nadie respecto al tema, pero quizá mi sinceridad haya sido tajante respecto a algunos aspectos. El matrimonio es para mí un vínculo grandioso, muy serio, un compromiso de por vida con una persona y que atañe a la existencia de otros seres, los hijos.

Hoy en día, al menos en Occidente, el matrimonio ya no cuenta con el respeto y la credibilidad de antaño. Nos hemos modernizado y una de las facturas que estamos pagando es la de la familia. Los roles de los cónyuges se han trastocado y a muchos les cuesta colocar a la familia en su justo lugar. Si a todo esto ello añadimos los desafíos que se tienen que superar en un matrimonio mixto..., honradamente sólo puedo recomendar una elevadísima dosis de razón antes de dar el paso. ■